

Copyright2012 by Camila Winter

El Secreto de Madeleine

Camila Winter

Prólogo. La familia d`Court

Hay familias muy soberbias en Francia, tan orgullosas de su abolengo que conservan no solo leyendas de sus caballeros y damas más notables, manuscritos editados en la actualidad por la editorial del distinguido barón de Marais, joyas guardadas en un cofre secreto, y otras cosas que conservan la belleza y la esencia de un linaje casi extinguido. Hermosos cuadros, tapices, jarrones y objetos de cara orfebrería de antaño, pero también esas cosas que de no haber pertenecido a D`Court habrían sido puestas en el basurero más próximo, me refiero a esos arcones y sillones apolillados, escabeles incapaces de soportar el peso de un gusano, puertas comidas incipientemente por las termitas y un montón de libros vetustos que provocaba la inevitable alergia del actual conde, ya anciano.

Todos esos objetos habitaban el castillo blanco de Provenza y habían escapado casi intactos a la época más oscura y bárbara de Francia, y ahora era el momento de que su heredero tomara posesión de ellas.

Pero el anciano conde Louis Armand D`Court: un hombre de cabello blanco y expresión cansada y distante, se preguntaba cual sería el destino de su casa con solo un nieto vivo y muchas sobrinas, ahijadas y sobrinas nietas mujeres, solteras, mal casadas o viudas... OH, sentía pavor de que invadieran el castillo y se pusieran a revolver todo como ruidosas gallinas. Era como si pudiera verlas, y la visión fuera tan aterradora que temiera sufrir un síncope allí mismo.

Un solo barón entre tantas mujeres podría haberse echado a perder, sin embargo, Henri se mantenía apartado de esas tías dominantes que vivían en el castillo: Anne y Henriette y tenía una personalidad sólida y levemente misántropa. Él era la esperanza, su heredero y era tiempo de buscarle una esposa adecuada.

Puesto que él no se preocupaba demasiado en el asunto, luego de que la enfermiza Charlotte; su prometida desde la cuna, había muerto tuberculosa a los doce años... Ambos habían compartido juegos durante la infancia, y como en otros tiempos sabían que se casarían cuando tuvieran la edad apropiada. La muerte inesperada y prematura de la joven echó por tierra los planes casamenteros del abuelo. Y durante muchos años Henri nada quiso saber del asunto. Pero demasiado tiempo había pasado ya...

Un golpe en la puerta le distrajo de sus cavilaciones. Era su leal sirviente Raoul con una bandeja de humeante té y bollos recién horneados.

Hacía tiempo que merendaba en la biblioteca mientras leía sus antiguos libros.

— Monsieur le Compte.— Raoul se aclaró la garganta con expresión de incomodidad.

El anciano conde le miró con expresión alerta. Sabía lo que significaba ese carraspeo. Visitas no deseadas ni esperadas. O esos parientes pobres del norte o sus acreedores para alertarle sobre sus tristes finanzas. OH, las conversaciones con estos hombres cuya única obsesión eran los números y el álgebra, le sacaban de quicio. Jamás había entendido las desordenadas anotaciones de su administrador, ni las complicadas sumas finales.

—Monsieur Anselme Delaire le espera en la salita.— anunció el mayordomo.

—¿Y quién es ese hombre? Jamás le oí nombrar.

—Es un coleccionista de antigüedades Monsieur.

—¡Ajá! Lo envió ese mal nacido de Barthes.

El mal nacido Barthes era su abogado, quien confabulado con sus administradores le habían aconsejado vender algunos cuadros para saldar algunas cuentas hasta la llegada de la vendimia. Entonces todo era alegría y derroche. El vino que salía de su bodega no solo recorría Francia por completo sino que ahora también viajaba por el continente. Era un negocio aceptable, acorde a su rango aunque en ocasiones, ese zorro de Barthes insistía en que también debía explotar la preciosa granja y el lago con sus peces. Ese hombre tenía la ordinaria costumbre de convertirlo todo en negocio. Decía que sus pares nobles se habían acomodado muy bien alquilando pabellones y fabricando el paté foi y otros enseres de granja, quesos, dulces caseros... Todo podía ser etiquetado con su nombre célebre y antiguo. Estaba loco. Era un pobre burgués muy hábil organizando finanzas y salvando familias del desastre financiero, pero el pobre no entendía que su apellido era algo delicado. Y

que su emblema: la bestia alada y la espada, había estado siempre en la gran corte francesa, pues los D'Court habían estado emparentado con las grandes familias dinásticas, habían escrito la historia con sus hazañas y locuras. No podía terminar sus días en una despensa, como etiqueta de conservas. Pero ¿qué podía saber, qué podía imaginar el pobre Barthes? Ni siquiera conocía los orígenes de su familia ni parecía interesarle otra cosa que no fueran los buenos negocios. Un perfecto burgués autoritario, signo de su pujante clase de antiguos tenderos y mercaderes, que en otros tiempos no hacían más que fabricar zapatos para que nobles de su talla los lucieran en las fiestas, adornando a sus esposas con esas telas espléndidas.

Se arrastró de mala gana hasta la sala. A pesar de su desprecio aparente, valoraba sus buenos consejos pues su familia había estado al borde la quiebra. Vería qué deseaban esos coleccionistas...

Entró en la sala y los recién llegados; no invitados, le miraron casi con terror. Era un hombre imponente de alto, con noble porte como los ancestros de antaño. De larga nariz borbona, ojos oscuros hundidos de mirar fiero, rostro afilado y una discreta peluca blanca. A uno de los ellos le recordó a Aqueronte, el juez infernal.

—Buenas tardes amigos, ¿en qué puedo ayudarles? —les dijo. La voz de tenor inundó la habitación y los recién llegados se sintieron intimidados.

Eran dos caballeros vestidos al estilo parisino, larga capa de paño, sombrero alto, pantalones grises y botas lustrosas. Uno con largos bigotes, castaño y de grandes ojos oscuros, de unos treinta años, el otro doblándole la edad, cabello gris, ojos claros, encorvado. Fue el primero que habló nada intimidado por el aplomo del anciano conde. En realidad había algo descarado en su persona que desagradó al conde y alertó al mismo tiempo.

—OH, disculpe su excelencia. Hemos venido luego de hablar con Monsieur Barthes, no podíamos esperar a que él os escribiera, tenemos cierta urgencia. Somos coleccionistas de libros, mi nombre es Jeanne Lothaire y él Marcel Tours, tenemos una casa en Paris y hace días nos visitó un caballero...

Coleccionistas de libros, lindo asunto. El jamás había vendido un libro, aunque el imbécil de Barthes se lo aconsejó una vez pues su biblioteca era una de las más grandes de Francia. Y esperaba que siguiera siéndolo. Escuchó fingiendo interés la historia de un caballero que buscaba un manuscrito sobre hechicería del medioevo escrito por un anónimo, aunque se sospechaba que había sido un benedictino que luego se convirtió en cura errante, a quien todos llamaban Moisés el loco.

—Nuestro amigo pagaría una interesante cantidad por ese libro monsieur D’Court, si ud. lo tuviera en sus manos... No es necesario que lo venda, solo permítanos copiar a mano algunas páginas...

Sabían que el viejo jamás había vendido un libro, Barthes les había advertido.

—Pero caballeros, ¡ustedes no saben si lo tengo en mi poder! Ni yo mismo sabría decirles en realidad.—dijo el anciano mirándoles con gesto torvo mientras en sus labios se dibujaba una mueca que parecía una leve sonrisa.

Al ver el desconcierto de los coleccionistas, el anciano conde continuó:

—Aún en el caso de tener el manuscrito, jamás lo vendería. Sin embargo su presencia aquí me es muy grata pues desearía conseguir un tratado sobre supersticiones y maldiciones del Languedoc, escrito por un lombardo que vivió aquí en tiempos de los cátaros. Tal vez le conozcan...

Los coleccionistas se sintieron interesados, habían oído hablar del libro pero de haberlo tenido en su poder lo habrían ofrecido gustosos al conde, a cambio del otro claro está...

—Oh, lo lamentamos monsieur le compte pero no tenemos ese manuscrito, pero sabemos que hay muchos ejemplares del mismo y que solo hay un caballero que pueda tener una copia... El barón Emile Ciliani.

—¿Ciliani? Jamás le oí nombrar, ¿es italiano?

—Su familia es florentina, emparentada con los Médici, aunque han comprado la propiedad de un barón en desgracia y tal vez cambiaron su nombre.

—Esos nuevos ricos siempre inventan historias sobre parentescos de abolengos extinguidos. ¿Quién puede comprobar su veracidad? ¡Nadie! —dijo el conde sin ocultar su desdén, aunque de pronto sus ojos adquirieron un brillo de astucia. — ¿Ciliani, Ciliani habéis dicho? Creo recordar algo sobre esa familia. ¿No salió en la Gazette hace tiempo un hecho de sangre?...

El más joven intervino hablando casi por primera vez.

—Sí, una muerte inexplicable, ocurrió hace años. Dijeron que fue suicidio, o un crimen pasional.

—Oh, sí, cómo gustan a los parisinos esas historias sanguinarias... Crímenes horrendos son llamados “crímenes pasionales”: murió por amor y sandeces semejantes. Pura y simple demencia, si un ser humano llega al extremo de matar a otro solo puede ser locura o perversidad extrema. Nada tiene que ver el amor en

eso.— ahora el anciano se sentía a sus anchas disertando sobre la maldad del mundo.

Los coleccionistas sonrieron, tuvieron tiempo de escuchar otras quejas sobre la fecunda imaginación de los parisinos, sus modas ridículas, extravagantes y sus fiestas obscenas... Pero esos parisinos no habían hecho tan largo viaje para hablar del estado del mundo, (tal vez jamás debieron ir a Saint Denis,) habían ido a convencer a un viejo conde provinciano de mente retrógrada, aferrado al pasado como la madre selva al árbol, para que les mostrara al menos el ejemplar. ¡Al diablo!

—OH, sí, el libro... Bueno, realmente me han convencido. Pero no piensen que se lo venderé a ese Monsieur de galera negra aunque tal vez acceda a que copien las páginas de su interés.— dijo el anciano.

Fue lo que hicieron. Se sentaron en la biblioteca, con la supervisión del fiel Raoul (pues el conde no se fiaba de esos coleccionistas, que además de ostentar ese título también podían ser distinguidos ladrones).

Antes de marcharse el conde habló con los caballeros para que escribieran al barón Ciliani interrogándole sobre el manuscrito medieval.

—OH, lo haremos Monsieur— prometieron los parisinos.

El conde chasqueó la lengua y se encerró en su biblioteca buscando algún manuscrito para hojear. Claro, todavía estaba ese asunto pendiente... Casar a su heredero sin demora. Mandó llamar a su sobrina Henriette a quien encomendó la tarea de buscarle una novia adecuada.

—Bueno, tal vez si organizo algún almuerzo campestre como está de moda...

Así que fue que comenzó. Almuerzos y meriendas campestres al aire libre, el castillo lleno de gente. Jovencitas de sociedad: alegres, risueñas, rollizas, extremadamente delgadas, normales... El prefería a las rollizas pero para su nieto todas tenían algún defecto o falla. Ninguna le venía bien, se estaba convirtiendo en un solterón con casi veintiocho años. Claro que tenía su amante, una viuda de la aldea, una dama de talle opulento llamado Claude, pero era impensable que la convirtiera en su esposa y por fortuna Henri jamás hizo esa sugerencia.

El anciano comenzaba a impacientarse, la primavera terminaba y los jardines de su espléndido castillo empezaban a arruinarse de tanto ajetreo sin resultados. No había elegida, ni nada más que algún flirteo sin importancia.

La culpa debía ser de su sobrina solterona, Henriette, no las escogía bien, eran demasiado serias o demasiado tímidas. Y ninguna era realmente bonita. A Henri, como a tantos hombres le atraía la belleza en una joven y al parecer eso escaseaba en Provenza.

Habló entonces con su otra sobrina Anne, casada con ese hombre marioneta que tanto le irritaba. Era un perfecto palurdo que seguía a su esposa como perro faldero por todos lados. Casados a esa edad tardía que arruinaba por completo la posibilidad de concepción, el conde se preguntaba por qué demonios se había casado Anne. Supuso que porque se había hartado de ser como su hermana Henriette la solterona de la familia. No había otra razón. En vez de tener un perrito sentado en su falda, una de esas criaturas peludas y malolientes, Anne había decidido tener un esposo. Puro capricho.

¡Y pensar que en su juventud ambas habían podido hacer brillantes matrimonios! Nunca fueron arrebatadoramente bellas, una demasiado alta y poco atractiva, Henriette, con la nariz muy larga y Anne, más baja y rolliza y con los rasgos más suaves...

Sin embargo ambas pudieron casarse, pertenecían a una familia de antiguo linaje. Pero la desgracia se ensañó con ambas. Uno de los pretendientes murió días antes de la boda y el otro se fugó con una parienta lejana. Un escándalo que las obligó a permanecer recluidas por muchos años forjando esos caracteres agrios y autoritarios, descontentos con la vida.

Luego sus padres murieron y decidieron que debían cuidar del pobre viejo gruñón dueño de un castillo tan grande. Allí estaba Henri, un niño recientemente huérfano para criar. Oh, se peleaban por su atención y se volvían insoportables.

Luego vino el capricho, a los cuarenta años Anne decidió casarse con un viejo amigo que le daba la razón en todo y la seguía como sombra. El le llamaba perro faldero pues aunque no se echaba en su falda le pisaba los talones y tenía esa mirada perruna tan atenta y conmovedora...

—Tío, ¿quería verme?— dijo Anne.

—Oh, sí querida. Por favor, sentaos. Se trata de Henri.

—¿Qué ocurre con Henri, tío?— la dama obedeció mirándole con expresión alerta.

—Nada hija, nada. Ese es el problema. Ninguna dama le agrada y es tiempo de que se case y siente cabeza. No viviré eternamente y entonces, él deberá tomar mi lugar.

—Oh, eso... Bueno tío, Henri es un joven muy tozudo. Y nadie puede obligarle a que haga algo contrario a sus deseos.

—Sí, si... Comprendo. Pero escucha Anne, conseguidle una novia bonita, que sea de su agrado.

—Pero tío Louis, si ya le han presentado a las jóvenes casaderas más aceptables del condado y ninguna despertó su interés más que para bailar una pieza de baile.

—Bueno, entonces llevadle a Paris. Allí habrá mujeres más inteligentes y hermosas, capaces de atrapar un heredero en un santiamén. Ningún hombre en su sano juicio resistiría a una joven hermosa e inteligente.

—¿A Paris? ¿Por qué hacer un viaje tan largo?— Anne estaba sorprendida por la idea extravagante de su tío y se opuso de plano.

—Llevadle a Paris, quiero ver nietos antes de morirme.

Era una orden y Anne tuvo que acatarla... Y además, convencer a Henri con cualquier excusa para que aceptara. Ese era el otro pedido, ser la chaperona de un hombre hecho y derecho y embaucarle para que la acompañara a Paris.

—Os agrada Paris Anne, podréis visitar a vuestras amigas.— le dijo el conde para animarla.

Pero Anne no sentía ningún deseo de ir a Paris, hacer maletas, además debía organizar un largo viaje, escribir primero a su amiga avisándole que iría... ¡Oh, cuántas molestias! Sin tener la certeza de que daría resultado. El viaje la dejaría agotada...